



DON CARLOS
UDARCA.

PRIMERA PARTE.

ROmpa mi voz el silencio
de esa fulminante esfera,
para dar claras noticias:
atencion que ya comienza
lo rustico de mi ingenio,
y lo torpe de mi lengua,
á referir por extenso
[...] amor de una Doncella,
[...] Ciudad mas ilustre,
[...] toda España rodea.
[...]te presente año
de setecientos y treinta,
en la insigne Zaragoza
apacible, amena, y fresca,
vivia Don Agustin
con su Esposa Doña Andrea.
Dioles el Cielo una hija
tan hermosa, que se lleva
la gala de las mugeres,
porque Cupido con quexas
en sus dos hermosos ojos
le quiso poner dos flechas.

sien-

siendo sus cejas dos arcos,
que vencedoras penetran
el corazon de los hombres;
pues á quantos mira dexa
de el amor arrebatados
aquesta hermosa Minerva;
pero voy à la substancia,
y digo que aquesta prenda
apenas cumpliò tres lustros
de su edad florida, y bella,
se pagò de un cavallero
de la Ciudad de Valencia,
que por no sè que motivos
está ausente de su tierra,
y apenas que lo han sabido
sus Padres, casarla intentan
con un primo de esta niña,
que es Mayorazgo en su tierra
mas ella, que lo ha sabido,
á su amante le escribiera
diciendo: Señor Don Carlos,
sabrá su merced por esta,
como mis Padres me casan
violentada de manera,
que si usted no ha de sacarme
me darè la muerte fiera
à el silencio de un veneno,
ó á lo recio de una cuerda:
no haya falta, dueño mio,
mira que el plazo se acerca,
quien mas te estima, y adora,
Doña Isabel de Contreras,
Con esto cerrò el villete,
y se lo diò á una tercera,
que se lo lleve á Don Carlos,
el qual en verle se alegra,
y le dice á la criada:
diga usted que se prevenga,
que en aquesta misma tarde
la he de sacar porque sepan,
que soy Don Carlos Udarca,
Cavallero de Valencia,
q lo he de hacer con las manos,
como lo dice la lengua.
Y vistiendose al instante
calzon, coleto, y montera,
dos pistolas, y una espada,
y un trabuco que se lleva
el porte de una naranja
la vala, que dentro encierra;
y montando en su caballo,
con dos cortas escopetas,
iba mas galan que el Sol,
y mas fuerte que una piedra.
A la calle de su Aurora,
llegò, y haciendo una seña,
la Dama, que está en aviso
baxò por las escaleras,
mas à el salir à la calle,
la desgracia que lo orde

que se encontrò con su Padre,
y su Primo que le cercan,
diciendole : A donde vas?
y ella respondiò ligera:
à recibir á mi dueño,
con esto el Primo se alegra.
Estando en estas razones,
Don Carlos tocò à la puerta,
y el Padre que anduvo pronto,
tirò del pestillo, y entra,
diciendo, Señores mios,
yo vengo por esa prenda,
y me la tienen de dar
por voluntad, ò por fuerza.
Desque oyen estas razones,
como dos Serpientes fieras,
arrancando las espadas,
à Don Carlos se vinieran,
mas fueron bien recibidas,
porque à la prontitud diestra
de la voz de una pistola
con dos balas le penetra
los pechos à su contrario,
y el Tio, que aquesto viera,
bufa como Toro herido;
pero [illegible] con la misma
[illegible] de su Sobrino,
[illegible]on à dar cuenta
[illegible] Tribunal
[illegible] clemencia,

A este tiempo los Sobrinos
toda la casa rodean,
avisan à la Justicia
la qual vino muy ligera,
diciendo, date à prision,
ò á la muerte te condenas,
pero arrancando el trabuco,
hizo su oficio la piedra:
desabrochando la ira
de la polvora perversa
de aquellas furiosas balas,
que cinco vidas se llevan,
dexando à el Corregidor
el cuerpo sin la cabeza.
Hizo despoblar la calle,
y queriendo salir de ella,
nueve Soldados le embisten,
y toda la parentela
de aquel Angel Peregrino,
que con sollozos se quexa
diciendo: Dueño querido,
hoy la muerte te se llega,
porque te miro cercado
de tanta gente perversa,
que te tiran sin piedad,
à dar muerte à mi presencia,
mas si he de vivir sin ti,
no quiero la vida, muera,
yo tambien, que he sido ca
que en este lance te veas,

que

que asi morirè con gusto
el morir en tu presencia,
dixo, y cambiando de trage,
calzon, coleto, y montera,
dos pistolas, y una espada,
saliò á la calle ligera
por amparar à su dueño:
recibiò aquesta Doncella
tres heridas en el pecho,
y un balazo en la siniestra
mano, con que desmayada
se tendiò sobre la tierra.
Y viendo el Señor Don Carlos
herida su amada prenda
se mete por las espadas,
como por su casa mesma,
atropellando contrarios,
que el enojo no le dexa
herir conque despoblando,
y con gran liberaleza
hizo paso franco, y toma
el amparo de una Iglesia
con su dueño que en los brazos
como amante se lo lleva.
Cercaron todo el Convento
de la Serafica Regla,
de el que es precusor del Sol,
y los Padres con presteza
por unas tapias los sacan,
passandolos á otra Iglesia
para ponerlos en cura
por si la Justicia entra,
que tambien el Cavallero
sacó onoe heridas adversas.
A donde lo dexaremos
en esta parte primera,
que prometo á mi Auditorio
en la segunda, que queda
referir mas por extenso
el fin de aquesta Doncella,
y de su querido Amante
en todo la verdad cierta.

FIN.

Con licencia: En Còrdoba en la Imprenta de Don Luis de Ramos y Coria, Plazuela de las Cañ



DON CARLOS UDARCA.

SEGUNDA PARTE.

SUpuesto, noble Auditorio,
q̃ en la otra parte primera
dixe, que daria fin
à toda aquesta tregedia,
pasados quarenta dias,
con muy poca diferencia,
Don Carlos se vido sano,
y sus cicatrices buenas,
preguntando por su dueño
los Padres dan por respuesta
que en las Monjas Capuchinas
le depositò, y que sepa,
que todavia está mala;
pero vea lo que intenta
para salir de aquel Pueblo,
que con pesquisas ligeras,
y Requisitorias largas,
que á toda España rodean,
procuran de dar con él,
y le tendrá mala cuenta.
Oyendo aquestas razones,
dispuso ver á su prenda,
y para la execucion
fue á las Monjas, y se llega
al Torno, y dando dos golpes
le respondiò la Portera,

y

y le dice: Madre mia,
sabrá usted si ya esta buena
una Señora, que vino
herida, y para mas señas,
Doña Isabel es su nombre,
y su apellido Contreras?
La Monja le respondiò:
ya esa Señora està buena;
pero todavia debil,
puesta en la Convalecencia
asiste, si usted quisiere,
que lleve, ò diga qualquiera
recado, que usted me mande,
lo harè con pronta obediencia,
pues tome, Madre este anillo,
y digale à esa Doncella
si lo conoce, que aguardo
en el Libratorio, y sea
quanto antes su venida,
y que sino, la respuesta.
Con esto se lo entregò
y la Monja á grande priesa
se lo ha dado à la señora,
la qual en verle se alegra,
y sin detenerse un punto
baxò por las escaleras,
y asi que vido à su dueño,
uno, y otro vierten perlas
por los ojos de contento,
y le dice la Doncella:
Dime mi bien lo que haremos,
ya estàs tu sano, y yo buena
y por aquestos contornos
nos tiene muy mala cuenta
de quedarnos, con que asi
puedes elegir qualquiera
medio para que salgamos,
pues que dices, que en Valencia
tienes todos tus parientes,
discurro, que fuera buena
idea el irnos alla,
gozaremos de la Iglesia
sus Divinas Bendiciones,
que puede ser, que asi tengan
descanso nuestras fatigas,
y alivio en todas las penas;
qué te parece, Don Carlos?
Decis bien, Señora, sea
quanto antes el viage:
y recogiendo de priesa
joyas, y galas costosas,
con cantidad de moneda,
salieron en un Caballo,
la vuelta para Valencia,
toman, sin hacer parada
en posada, casa, ò venta:
siempre caminan de noche,
y una mañana que apenas
el claro, y luciente Febo
daba luz á las tinieblas,
de

de el camino se apartaron,
tomando una oculta senda
en la cima de un gran monte,
en medio de una arboleda,
se sientan á descansar,
con cariñosas ternezas
quedò Don Carlos dormido:
mas la señora, que vela,
oyò algun ruido, y volviendo
la cara, vido que eran
diez famosos Vandoleros,
que atemorizan la tierra;
quiso ocultarse, y no pudo,
porque aunque anduvo ligera
uno de los Vandoleros,
la divisò con presteza,
y à los suyos les ha dicho:
amigos, tenemos presa,
ven ustedes donde estan
dos personas, y se prueba,
el ser la una muger;
vamos à ver como queda
nuestra fortuna, que bien
parece gente de prendas,
La señora con sollozos,
que enternecia las piedras,
despertò à su fino amante,
diciendo de esta manera:
Levanta dueño querido
que hoy la vida se nos queda
en manos de estos Vandidos:
prenda mia, y quantas penas,
à mi corazon ahogan!
Pues veo tantas tragedias
como nos están pasando,
siendo la causa yo mesma;
y estando en estas razones,
Don Carlos, que se recuerda
oyendo aquestos lamentos,
le dice: Querida prenda,
què tienes? Porquè suspiras?
Quien ofende tu belleza?
Y rodeando la cara
viendo pronta la evidencia.
Se levantò presuroso
con el trabuco, y se queda
plantado, diciendo: Amigos,
alto; no pasen siquiera
un paso, porque á no hacerlo
hemos de regar la tierra
con la purpura, que està
encerrada en vuestras venas,
Mas viendo tal desahogo
los Vandoleros, se quedan
pasmados de su osadia,
el Capitan les dixera:
matadlo à quando se aguarda?
Don Carlos que aquesto oyera
el corazon le partiò
á el Caudillo, y tambien dexa

á otro compañero herido.
Aqui si fue la pendencia
mas reñida, que se ha visto,
y en las historias se cuenta;
le mataron el caballo
y le han quebrado una pierna
no del todo, pues que pudo
montar con liberaleza
en otro sobervio bruto,
y al que no mata, atropella,
colerico, y enojado:
la Señora quasi muerta,
muy desmayada decia:
Asiste fortuna adversa,
con què rigor me maltratas
en mi se empleò tu rueda.
Huyeron tres Vandoleros,
y los otros siete quedan
difuntos en la estacada;
Dios les dè la Gloria eterna.
Don Carlos, que se quedò
con la victoria, se llega
à su querida, y le dice:
Levanta, hermosa Azucena,
nos iremos á un Lugar,
que de aqui dista tres leguas,
para curarme esta herida,
que saliendo con presteza,
al amanecer el dia
entraremos en Valencia,
y à casa del Arzobispo
se fueron à darle cuenta.
Llegaron, como se ha dicho,
y su Ilustrisima queda
admirado, solo en ver
lo que el amor atropella:
les echò las bendiciones
y con explendidas mesas
se celebraron las bodas,
y apadrinados los dexa
con el Virrey, y el Autor
pone el fin, que es la diadema
que corona qualquier Obra
para que sea perfecta.

FIN.

Con licencia: En Còrdoba en la Imprenta de Don Luis de Ramos y Coria, Plazuela de las Cañas.